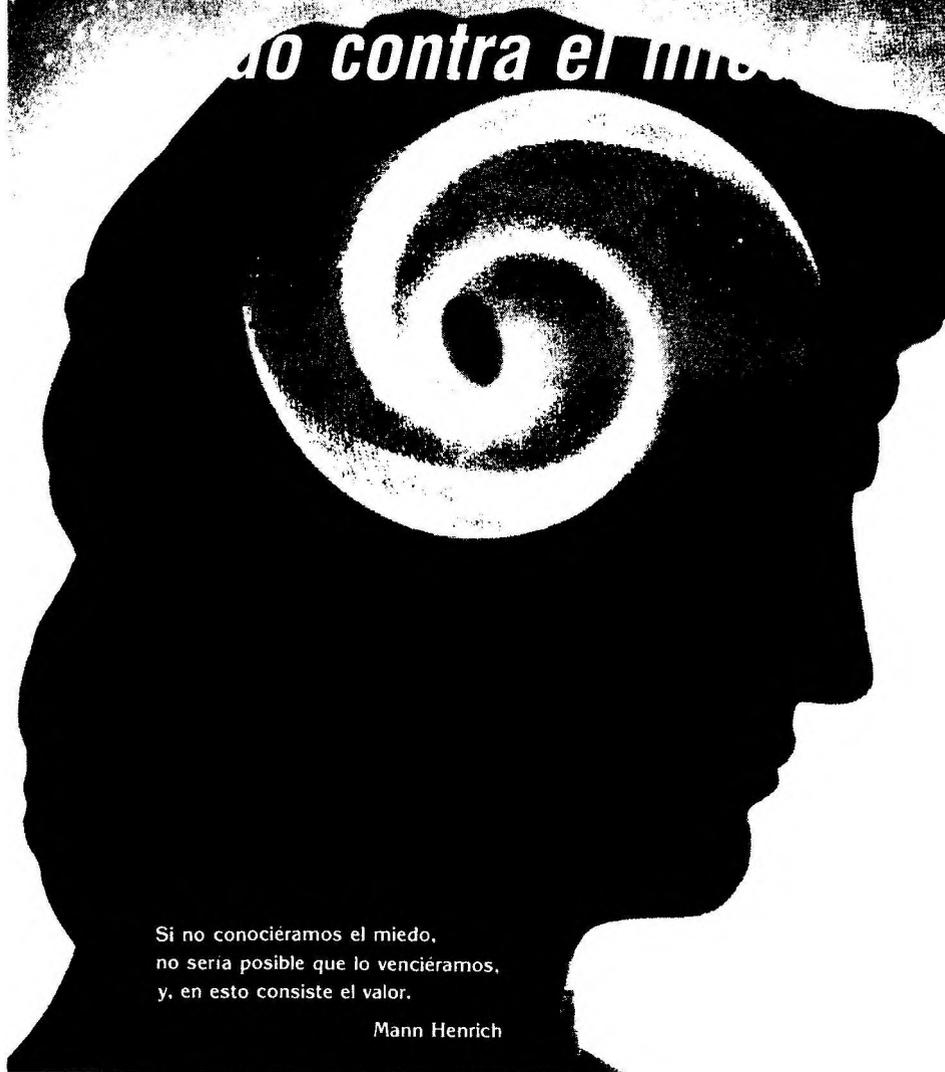


Valor y lucha contra el miedo



Si no conociéramos el miedo,
no sería posible que lo venciéramos,
y, en esto consiste el valor.

Mann Henrich

Luis Humberto Orozco Pulido

En el proceso de socialización en el que un individuo está inmerso desde que nace hasta que muere, adquiere ciertas características que reflejan el contexto sociocultural en el cual se desen-

vuelve. Algunos autores denominan el proceso como "internalización", pues a través de él se producen cambios internos en la estructura cognoscitiva del individuo que tienden a ser más o menos permanentes.

Estas características más o menos permanentes, han sido identificadas con diferentes nombres: valores, principios, actitudes, etc.

Los valores pueden referirse tanto a formas de conducta o a estados deseables de existencia; los primeros se refieren a la parte individual del comportamiento que pueden producir "problemas de conciencia". La concepción de lo deseable tiene un doble compromiso, entre lo que es deseable por la persona y lo deseable para los demás. Dentro de una cultura determinada los valores son "estándares" y utilizables de diversas maneras: como guía para evaluar o juzgar situaciones, como base para racionalizar conductas o creencias y un sinnúmero más que permiten determinar el grado de ajuste que presenta un sujeto dentro de su comunidad.

Entre la amplia gama de rotulación de valores, el "valor" con connotación de valentía, es universalmente deseable para la mayoría de culturas y personas; pero es exigido como deber y obligación a una o a un grupo de personas cuando se confía a estas roles de seguridad y de defensa física de otros, que pueden alcanzar umbrales que rayan en el sacrificio mismo. Así el valor se considera como un producto moral, una reacción contra el miedo que es aprendida del contexto cultural en el que se educa al individuo y que no presenta el organismo humano como instinto, como tampoco se presenta la honestidad, la honradez, la virtud, sino que son reacciones de la voluntad que una persona produce contra algunos de sus propios instintos o situaciones en las que la vía de solución o satisfacción son más fáciles o en sentido opuesto a su impulso natural.

Si se considera el valor ubicado en el extremo de un continuo en cuyo extremo contrario se determina la cobardía, puede considerarse que entre esa dicotomía media el "miedo". Pero el miedo es una reacción emocional natural; es lógico ante una situación de peligro y no puede dársele un significado degradante o confundirlo con la cobardía. El miedo es fisiológico y está en el organismo como una respuesta natural de defensa que alerta y prepara para la acción. William James, psicólogo estadounidense y Carl Lange fisiólogo danés, propusieron que los eventos fisiológicos que acom-

pañan a la emoción del miedo constituyen la emoción misma: si una persona escucha un ruido extraño por la noche en su cuarto; sus manos se ponen frías y la presión sanguínea se eleva. Estos eventos fisiológicos, según la teoría James-Lange son la emoción del miedo. No es que el corazón palpite más aprisa por el miedo, sino al revés: se tiene miedo porque el corazón late más aprisa.

Cuando una persona no reacciona contra el peligro o el enemigo y la emoción del miedo se arraiga y embarga, predominando como respuesta instintiva, puede esperarse de ello una conducta de cobardía, pero cuando se reacciona y la voluntad se impone ante la emoción del miedo produciendo una respuesta con intensidad enérgica y asertiva contra el peligro se encuentra el comportamiento valeroso, es decir es un dominio volitivo ante una respuesta fisiológica que permite la acción como función de los valores adquiridos del contexto social; luego el valor es producto de educación, cultivo y desarrollo de una virtud que se acrecienta en la fisiología de la cual es imposible eliminar la emoción del miedo; pero lo que sí es posible desterrar es la cobardía, ejercitando la voluntad como si se tratara de progresar en un deporte por medio de la práctica.

Para quien dirige o educa hombres resulta indispensable no confundir el miedo con la cobardía o con la timidez, pues una confusión de estos conceptos puede llevar a tomar decisiones que degradan el concepto de sí mismo y producen la relajación moral que origina cobardía; lo deseable sería aumentar la voluntad contra el miedo y "tener miedo a tener miedo" como interpretación de la teoría James-Lange.

Parece ser que dentro de la educación que se imparte a grupos o personas que en su devenir profesional requieren de un alto nivel de resistencia contra el miedo, no se incluye como materia un juicioso estudio sobre este tema, y hasta se llega a afirmar que para nada influye en el valor. Más bien se deja su conocimiento a los estudiosos de la conducta, sin contemplar que —por ejemplo— dentro de los estamentos castrenses, una premisa fundamental es hacer tropas valientes por métodos o procedimientos que emanan de la observación de la historia y de la experiencia; pero nada respecto a la materia se contempla en los áridos reglamentos.

Conocer y que se autoconozcan los hombres respecto a los grados de tensión que requieren y soportan para el alcance de los

objetivos en los que se debe emplear el arrojo y el valor, es tan interesante para el comandante, como conocer el manejo de los fusiles: en sí mismo, el mando no es manejo de armas sino de hombres.

El arte de la guerra, en todos los tiempos y en su propio ejercicio ha empleado tácticas y axiomas o gritos de guerra para lograr que el miedo se apodere del enemigo. Así los griegos, en el desarrollo de sus ejércitos, constituyeron la "hilerá" con su jefe como bastión a la cabeza del ataque, de lo cual los romanos adaptaron la "decuria" como base de la "legión", y todo esto como una edificación contra el miedo, porque al parecer la fórmula para obtener la victoria era: lograr que las tropas, por formación, honor y convicción, en cualquier ocasión y lugar reaccionasen en todo momento y con el mínimo de esfuerzo contra la emoción del miedo.

Si el mando confunde la separación que existe entre la emoción del miedo y la reacción de cobardía, no forjará en los subalternos un arma poderosa y la emoción del miedo invadirá el alma colectiva y este sentimiento —si llega a ser insuperable— será génesis de incapacidad y cobardía.

BIBLIOGRAFIA

BROWN, T. (1985). Psicología fisiológica. México: Interamericana.

CURTOIS, G. (1975). El arte de ser jefe. Bogotá: Imprenta de las FF. MM.

EMC 02 (1974). Don de mando militar. Bogotá: Imprenta FF. MM.

SALAZAR, A. (1983). Psicología social. México: Trillas